

**BEN**

CARE SANTOS



Hay personas que despiertan tanta fascinación como rechazo, que te atraen como un imán y a la vez te dan miedo y algo te dice que es mejor permanecer lejos de ellas.

Esta es la historia de una de esas personas. Se llama Ben, y a lo mejor has oído hablar de él. De hecho, esta historia comienza en un funeral. El muerto no llegaba a los 24 años y ha sido asesinado. Unos tíos que le odiaban decidieron martarlo a golpes. A su despedida solo han venido ocho personas.

¿Qué queda de aquellos a quienes quisimos, cuando han muerto? Nosotros. Quedamos nosotros. Nuestra memoria, nuestros recuerdos. Lo que hagamos con ellos.

*Para Reina Duarte, porque sin ella  
Ben no habría llegado a mayor.*

«No basta con decir la verdad.  
Hay que demostrar la mentira».

Aristóteles

**V**oy a formularte una pregunta y quiero que pienses en serio en la respuesta.

*¿Serías capaz de matar a otra persona?*

*Piénsalo bien. Concédete unos segundos de silencio para meditarlo.*

*¿Ya tienes una respuesta? Seguro que es categórica (es una pregunta que no admite ambigüedades). Y seguro que es muy interesante.*

*Veamos los resultados:*

**1) NO.**

*Es muy probable que esta sea tu respuesta. Es la de la mayoría de la gente razonable. Un «no» rotundo, drástico, incluso molesto. ¿Cómo puedo atreverme a dudar de ti? ¿Cómo puedo formular una pregunta tan insensata?*

*¡Felicidades! Eres un hipócrita. Y te queda mucho por aprender. De ti mismo y de los demás. ¿Nunca te has preguntado dónde están tus límites? ¿Qué pasaría si...? Ya eres mayor. Tal vez ya es hora de que te lo preguntes.*

**2) SÍ.**

*¿Has contestado «sí»? ¿En serio?*

*Tal vez seas un asesino en potencia. Deja todo lo que estés haciendo y vete a ver a un psicólogo.*

**3) NO SÉ.**

*Felicidades. La duda suele ser sinónimo de inteligencia.*

*¿Has pensado en la palabra «circunstancias»? ¿Tu cerebro ha proyectado para ti la palabra «depende»? Si es así, eres alguien que sabe que el mundo es un lugar difícil que se rige por normas difíciles. Alguien que comprende que nosotros casi nunca elegimos los límites. Y que a veces pa-*

*san cosas terribles que nos convierten en criaturas terribles.  
Monstruos.*

*Más allá de los límites de ti mismo, hay un monstruo  
dormido.*

*¿Qué tiene que ocurrir para que el monstruo despierte?*

I

# PUNTO DE PARTIDA

## Cenizas

**E**sta historia comienza en un funeral. Uno muy deprimido. El muerto no llegaba a los 24 años y ha sido asesinado. Unos tíos que le odiaban decidieron matarlo a golpes. A su despedida solo han venido ocho personas. En primera fila se sientan su padrastro, Anselmo, con su mujer (Carmen) y el hijo mayor de esta, Marcelo, que también era el mejor amigo del difunto. Anselmo parece más afectado que su mujer, aunque a ella no se la ve precisamente feliz de estar aquí. Cuando el muerto aún estaba vivo, le temió más de lo que supo quererle. Otra cosa es Marcelo: él parece destrozado.

En el segundo banco se sienta un primo que en realidad no es primo de nadie y a quien han dejado salir de la cárcel para estar aquí. Se llama Éric y cumple condena en un centro de menores por asesinato en primer grado. De él no hay duda de que lamenta profundamente lo que ocurre. A su lado está el policía que le acompaña, le custodia y no le pierde de vista ni un segundo.

Al fondo, se sientan dos tipos que a algunos les resultan familiares: son compañeros de las partidas de póquer que solían celebrarse, a altas horas, en el bar Carmen, cerrado solo para ellos. No se sabe muy bien qué hacen aquí. Tal vez son enviados de los Medina, que han venido a comprobar que todo esté en su sitio. O tal vez son de esos a quienes les gusta ir a funerales. En el mundo hay gente con gustos muy raros.

Más allá está Kevin, amigo, o más bien socio del difunto, a quien todos llaman Bola de Grasa. Por sus facciones totalmente inexpresivas, ocultas bajo unas gafas de sol, na-



die sería capaz de deducir sus sentimientos, aunque, conociéndole, no deben de ser muy sofisticados. Nada en Kevin es muy sofisticado.

Y, por último, tenemos al cura, que pronuncia un sermón desganado en el que habla de las trompetas de Jerusalén y de los ángeles del paraíso. También de quien en la vida se desvía del recto camino y toma uno equivocado. Por supuesto, se refiere al muerto, a quien no conocía. Por eso le llama Rubén en lugar de Ben, que es como él quería que le llamaran. Y por eso se equivoca cuando dice que fue un cobarde al alejarse de las cosas buenas de la vida. Si le hubiera conocido, sabría que Ben podía tener muchos defectos, pero el de la cobardía no era uno de ellos. Si Ben pudiera escuchar este sermón lamentable, tal vez se levantaría de su ataúd para atizarle un puñetazo al señor cura.

Después del funeral viene la incineración. Los dos compañeros de partida se han marchado sin despedirse de nadie. Kevin se ha acercado a Marcelo y ambos intercambian unas palabras, que a juzgar por sus expresiones no parecen muy amistosas.

Luego Éric va hacia Marcelo. Le gustaría decirle muchas cosas. Siente que, de todos los que están allí, es el único que le comprende. Pero Marcelo no tiene ganas de hablar.

—Hola, Marcelo.

—Hola.

—Qué putada.

—Sí.

Un silencio incómodo y compartido que rompe Éric:

—¿Por qué no vienes un día a visitarme a la cárcel? El horario es de lunes a viernes, de nueve a...

—Ya veremos —le interrumpe Marcelo, a quien no le apetece conversar.

Kevin se acerca a despedirse de Carmen. Marcelo se aparta. No quiere tener que dirigirle de nuevo la palabra.

Así termina el encuentro. Todas las conversaciones.

Tras la marcha de Kevin, siguen tres horas de espera sin palabras. Ahora son solo cuatro personas. Marcelo mira al suelo todo el tiempo. A Éric le parece que hace esfuerzos por no llorar, pero quién sabe, nunca le conoció tan bien para saberlo. Su madre, Carmen, de vez en cuando le agarra de la mano, como si quisiera consolarle, pero él rehúye su contacto, se levanta, nervioso, y da unos pasitos por la habitación. Luego, vuelve a sentarse. Vuelve a mirar al suelo.

Y así hasta que sale un hombre con americana y corbata que lleva una especie de jarrón azul en las manos. Busca a quién entregárselo, pero nadie se muestra muy interesado.

—Tú le querías mucho —le dice Carmen a Éric—. Lo mejor será que lo tengas tú. A él le habría gustado.

Lo que a él le habría gustado es que no le mataran, piensa Éric, pero no dice nada. Ha tardado un poco en comprender que el jarrón contiene las cenizas de Ben.

Marcelo lo mira con ojos muy fijos, como si no pudiera creerse que esto haya ocurrido.

Éric no se atreve a decir que no quiere el jarrón, que es horrible, y que además en la cárcel no sabe dónde lo va a poner, y que aunque lo supiera no lo querría. Su tía se adelanta a todas estas objeciones:

—Te guardaré la urna hasta que salgas —le dice Carmen—. Prométeme que vendrás a por ella.

—¿Por qué no te la quedas tú, tía? —pregunta Éric.

Carmen niega con la cabeza, con toda su energía. Se acerca a él, baja la voz y le dice al oído:

—Yo no la quiero. Por mucho que le quisierais, ese chico era un monstruo. Siempre lo fue.

Éric querría contestar a su tía, pero teme que si habla se le romperá la voz. Tiene ganas de llorar. Recuerda las palabras de Ben: «La tristeza es de cobardes, trágatela, no sirve para nada».

Y contesta:

—Vale, tía.

De camino a la cárcel no puede dejar de pensar en algo absurdo y doloroso. Ben es ahora un jarrón azul. Ni siquiera sabe si le gustaba ese color. Se da cuenta, por primera vez, de lo poco que sabe de él. Fue la persona más importante de su vida y ni siquiera sabe cuál era su color favorito.

¿El negro, tal vez?

Ben solía vestir de negro.

Tenía un Scirocco negro.

El negro es el color de muchas cosas que le gustaban. La noche, el carbón de azúcar de los niños malos, los ositos de regaliz, el as de tréboles, el túnel del terror. También es el color de las pesadillas y — dicen— de la muerte.

¿Qué queda de aquellos a quienes quisimos, cuando han muerto?

Éric llega a una conclusión antes de que el coche se detenga frente a la puerta principal de la cárcel:

Nosotros. Quedamos nosotros.

Nuestra memoria, nuestros recuerdos. Lo que hagamos con ellos.

## Visita

Apenas habían pasado un par de días desde el entierro de Ben cuando un vigilante le anunció a Éric que tenía visita.

«Vaya, qué novedad», se dijo, porque en todo el tiempo que llevaba allí apenas habían ido a verle tres personas.

Salió pensando, ilusionado, que sería Marcelo, pero se encontró con la Bola de Grasa desparramado en una de las sillas de madera de la sala pequeña y de paredes blancas donde tenían lugar los encuentros.

—Hola, tío —dijo Kevin, sin levantarse.

Éric se sentó frente a él. No entendía qué hacía allí. Nunca le había gustado Kevin. Era una persona que siempre parecía tener unas intenciones diferentes a las que confesaba. No entendía por qué Ben le había convertido en su socio. Por qué le tenía tanta confianza.

—¿Cómo andas? —preguntó Kevin.

—Tirando.

—Guay.

—¿Qué quieres?

—Calma, tío. Tenemos tiempo. Me han dicho que puedo estar aquí una hora.

—Tengo clase.

—Pensaba que te alegrarías de verme.

—Dime qué quieres, tío.

—Solo quería verte. Saber cómo estás.

—Ya.

—¿Te pasa algo?

—No. ¿A ti?

—Te veo raro, tío.

—En serio, tengo cosas que hacer.

Éric hizo gesto de levantarse. Kevin le detuvo.

—Espera. Quería preguntarte si alguien te ha molestado o algo.

—¿Molestarme con qué? —Volvió a sentarse.

—No sé, con lo que sea.

—¿Por ejemplo?

—¿Alguien ha venido a hablarte de Ben?

—¿Además de tú?

—En serio, tío.

—¿Te sientes mal por algo o qué?

—¿A qué te refieres?

—No sé. Dime tú.

—Oye, ¿no creerás que yo tuve algo que ver en lo de Ben?

—Yo no creo nada. ¿Tuviste algo que ver?

—Claro que no, tío. Ben era mi socio.

—Ya. Y ahora estás cagado de miedo.

—Claro que lo estoy. Tu primo cabreó a quien no debía. Se creyó más listo que nadie y no paró hasta que se metió en un lío gordo. Fue un capullo integral.

Éric se levantó. No iba a dejar que el gordo grasiento insultara a Ben.

—Espera, tío —saltó Kevin—. Si te molestan, quiero que me lo digas, ¿vale? No estás solo, chaval. Me tienes a mí.

—¿A ti?

Era como si el gato le pidiera al ratón que confiara en él.

Kevin miró a todos los lados para asegurarse de que nadie podía oírle y añadió:

—Oye, tío —voz vacilante—, si por lo que fuera se te ocurriera hablar de lo que pasó... Ya sabes, lo de la tía pesada aquella. No digas que yo estaba por allí aquella noche<sup>[1]</sup>, ¿vale? Diles que lo hizo todo Ben solito, sin la ayuda de nadie. Igualmente, más o menos fue así. No le tembló la mano. Ni los huevos. Yo apenas hice nada, te lo juro. Ade-

más, piénsalo, tío, qué más da ahora. Ben está muerto y no pueden meterle en el trullo.

Éric comprendió por fin qué hacía allí la Bola de Grasa. Había venido a salvar su pellejo. A asegurarse de que no iba a meterle en ningún lío ahora que por fin parecía que le iban bien las cosas. Típico de él.

—¿Has acabado?

Kevin le miró sin entender por qué estaba enfadado. Ahora parecía más tranquilo. Por fin había soltado lo que le preocupaba. Le dio a Éric una palmadita en el hombro, como si de verdad fueran colegas, y bajó otra vez la voz para decir:

—Gracias, tío. Oye, para agradecértelo puedo pasarte algo. Lo que quieras. Con un buen descuento, por ser tú. —Éric le miró sin poder creérselo, pero el gordo no se dio cuenta—. Tengo hierba, chinas, anfetás, coca, hielo... ¿Has probado el kin? También tengo. Puedo pasarte un poco para que lo pruebes. Gratis, tío. Ya verás cómo mola. Y si te apetece venderles algo a tus amigos de ahí dentro, te puedo traer lo qu...

—¿Tú estás loco o qué? —le interrumpió Éric, levantando la voz—. ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que vender mierda en el trullo?

—Bueno, como quieras, tío. No te cabrees. Tú piénsate-lo. El kin es alucinante. La gente se engancha rápido y luego no pueden dejarlo. Piden y piden, como perros babosos. Ganarías una pasta gansa.

—No tengo nada que pensar, tío. Te he dicho que no.

Éric se levantó. No le gustaba aquella conversación. Salió de la sala de visitas sin despedirse. El gordo ni siquiera protestó.

Mientras esperaba a que se abriera la reja automatizada, oyó que Kevin saludaba a alguien. Fue un saludo sin entusiasmo. Era un chaval grande, de origen chino. Éric apenas le conocía de vista. Ni siquiera sabía su nombre. No esta-

ban en el mismo módulo. En la cárcel, los que están en los otros módulos es como si vivieran en otro planeta.

Aún tuvo tiempo de escuchar que Kevin gritaba:

—Si cambias de opinión, llámame, tío.

No contestó. Dejó que el pasillo le tragara.